

al bien mismo de la sociedad humana. Y profundamente grabado está en nuestra mente lo que los Padres del concilio Florentino, en decreto de reunion, definieron acordes: «Que el romano Pontífice es el Vicario de CRISTO, «la cabeza de toda la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos, y á «él, en la persona de Pedro, fue dada por Nuestro Señor JESUCRISTO la plena «potestad de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal.»

«Mas Vos teneis aun otras cosas que excitan nuestro afecto y nuestro reconocimiento hácia Vos. Gran motivo de alegre admiracion es para nosotros esa heroica virtud con que, resistiendo á las funestas maquinaciones del mundo, os habeis esforzado por mantener en el camino de la salvacion al rebaño del Señor, fortalecerlo contra las seducciones del error, y defenderlo contra la violencia de los poderosos y la astucia de los falsos sábios.

«Admiramos ese celo infatigable con el que, estrechando en vuestra apostólica solicitud los pueblos de Oriente y Occidente, jamás cesais de promover el bien de toda la Iglesia. Admiramos, en fin, la magnífica imágen del buen Pastor que presentais al género humano, cada vez mas extraviado, conmoviendo con tan hermoso espectáculo á los mismos enemigos de la verdad, y atrayendo á Vos las miradas aun de los que no quieren ver, en fuerza de la dignidad y magnificencia de vuestros hechos.

«Continuad, pues, en el ejercicio del cargo de Vicario del Pastor de los pastores, defendiendo, confiado en Dios, las partes de vuestro ministerio; continuad apacentando con pastos de vida eterna las ovejas confiadas á Vos, continuad curando las llagas de Israel y recogiendo los corderos de CRISTO que se habian extraviado. ¡Quiera el Señor omnipotente que todos aquellos que, desconociendo vuestro amor y vuestro ministerio, se resisten todavía á vuestra voz, viniendo á mejor acuerdo, volviéndose por último á Vos, cambien vuestro duelo en alegría! ¡Ojalá que aumenteis cada dia mas, merced á la divina misericordia, los frutos de vuestro cuidado pastoral; ojalá que extendais cada vez mas la conversion feliz de las almas, que diariamente se está verificando por vuestro ministerio, y ojalá que Vos conserveis, por la fuerza de vuestra virtud y el éxito feliz de vuestras fatigas, las almas á CRISTO, y dilateis los confines de su reino, y podais, en verdad, exclamar con el Señor y Maestro: *Omne quod dat mihi Pater, ad me veniet!*

«Ya tenemos, Beatísimo Padre, señales de tiempos mas laudables y felices. Anúncialos el amor con que los fieles de todas las naciones se muestran dispuestos á sufrir todo por Vos, mientras que anhelan poder consumir y sacrificar las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y hasta la vida misma, en defensa de los derechos de la Iglesia, y para gloria de la Sede apostólica. Anúncialos el respeto de todas las almas católicas, que atentamente tienen vueltos á Vos los ojos, que acogen alegres los oráculos de la Sede apostólica, y se glorían de someterse á ella con firmísimo asentimiento y obsequio. Anúncialos el cariño filial con que el pueblo cristiano, siguiendo las huellas de los fieles que en los antiguos tiempos depositaban espontáneamente sus haciendas á los pies de los Apóstoles, ha venido en ayuda de vuestra estrechez, sin cesar todavía de remediarla en lo posible. Profundamente conmovidos contemplamos estas pruebas de piedad filial, resueltos á procurar sin tregua que este sagrado fuego, encendido en el corazón de los fieles, se alimente y se propague, y que, animados ellos con nuestro ejemplo y con el de todo el clero, promuevan todos esta benevolencia y esta liberalidad, y os suministren los

auxilios temporales, con los que podais procurar mas plenamente su salvacion.

«Al propio tiempo que estamos profundamente conmovidos ante la piedad de todos los fieles hácia Vos, Beatísimo Padre, sentimos particular alegría ante la fe, ante el amor y la veneracion que sienten los dignos habitantes de la Ciudad eterna hácia Vos, su Padre; hácia Vos, su indulgentísimo Soberano. Pueblo feliz y verdaderamente sabio, él, que conoce cuánta gloria, cuánto esplendor le proporciona estar constituida en Roma la silla de Pedro; pueblo feliz, que comprende que la bondad divina no tiene para él otros límites que aquellos que él mismo señale con su veneracion y su amor á su Santísimo Soberano. Sustenta en tu corazón ¡oh pueblo romano! este nobilísimo sentimiento: dure siempre, y no se quiebre nunca, tu piedad: sea esta Ciudad, que el mundo cristiano reconoce como capital de todas las demás ciudades, ejemplo de todas ellas; florezca con todos los dones y con todas las gracias celestiales, y sea feliz en virtudes y riquezas.

Beatísimo Padre: el esplendor de vuestro pontificado, no solo ilumina vuestra ciudad, sino el mundo entero; y tanto nos conmueve su admiracion, que de ella creemos deber tomar ejemplo para nuestro sagrado ministerio. Mas no menos profundamente conmueve nuestro corazón la suavidad de vuestra voz, que seduce nuestra mente la imágen de vuestras virtudes pontificias. De aquí que, llenos de suma alegría, hayamos escuchado de vuestra sagrada boca que, á pesar de los peligros de nuestros dias, teneis el designio de convocar un Concilio ecuménico, *el mayor remedio*, como decia vuestro ínclito predecesor Paulo III, en los *mayores peligros del Cristianismo*.

«Favorezca el Señor este proyecto que Él mismo os ha inspirado, y los hombres de nuestros dias, que débiles en la fe, buscando siempre y no encontrando nunca la verdad, son agitados por todo viento de doctrina, tengan en este sacrosanto Sínodo ocasion muy favorable para entrar en la Iglesia santa, columna y base de la verdad, de conocer la fe que salva, y de desechar perniciosos errores; y con la ayuda de Dios, y con la intercesion de su Madre Inmaculada, sea este Concilio obra grande de unidad, de santificacion y de paz, que proporcione nuevo esplendor á la Iglesia y un nuevo triunfo al reino de Dios.

«Sirva esta misma obra de vuestra providencia para poner nuevamente de manifiesto al mundo los inmensos beneficios que el Pontificado proporcionó en todos tiempos á la sociedad humana. Sepan todos que la Iglesia, por lo mismo que está fundada sobre solidísima roca, tiene la fuerza necesaria para disipar los errores, corregir las costumbres, reprimir la barbarie, y se llama y es verdaderamente la madre del mundo civilizado. Sepa el mundo que en este ilustre ejemplo de autoridad divina y de obediencia debida á la misma que ofrece la institucion divina del Pontificado, está establecido y consagrado todo aquello que consolida los fundamentos y duracion de las sociedades todas.

«Cuando así lo comprendan los príncipes y los pueblos, no permitirán que vuestro muy augusto derecho, sancion segurísima de toda autoridad y de todo otro derecho, sea impunemente hollado; y procurarán garantiros la libertad del poder y el poder de la libertad; que tengais los medios de ejercer vuestro sublime y para ellos favorable ministerio; no permitirán que se ahogue vuestra voz al dirigirse á la grey de la Iglesia santa, para que, privados

del pasto de la verdad eterna, no perezcan miserablemente, y relajados los vínculos de la obediencia y del respeto al divino magisterio que en Vos reside, no sea hecha pedazos, con daño evidente del poder civil, esa misma autoridad por la que reinan los reyes y los legisladores decretan cosas justas. Esto espera nuestro corazón; este es el objeto continuo de nuestras oraciones.

«Valor, pues, Beatísimo Padre; proseguid conduciendo con mano firme, como hasta ahora lo habeis hecho, la nave por medio de las tempestades. La Madre de la divina Gracia, saludada por Vos con un título bellissimo de honor, protegerá vuestros pasos con su intercesión; será para Vos la estrella del mar, mirando á la cual con absoluta confianza, como acostumbrais, no dirigiréis en vano los pasos hácia Aquel que quiso venir por medio de ella á nosotros. Á favor vuestro estarán los celestes coros de Santos, cuya bienaventuranza, justificada con grande ardor y continuo esfuerzo apostólico, habeis proclamado en estos dias y en años pasados con gran contentamiento de todo el mundo. Os asistirán los Príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo, coadyuvando á vuestra solicitud con sus poderosas plegarias. Sobre la popa en que vais sentado estaba en otro tiempo Pedro. Él intercederá con el Señor para que esta misteriosa nave, que por sus oraciones ha bogado ya durante diez y ocho siglos por el mar profundo de la vida humana, continúe felizmente su derrotero, guiada por Vos, hasta entrar un dia á toda vela en el puerto celestial con la preciosísima carga de almas inmortales. Y para obtener este feliz resultado, Vos, Beatísimo Padre, tendréis en todos nosotros otros tantos participantes de trabajos, oraciones y fatigas; y como primicias en esta fiel cooperación, suplicamos desde ahora á la Bondad divina que os colme de celestiales bendiciones, que sostenga y afirme vuestras fuerzas, que enriquezca los años que os quedan con nuevas conquistas espirituales, y que haga, por último, que vuestra vida se prolongue sobre la tierra, y llegue un dia á ser bienaventurado en el cielo.»

Este mensaje llevaba al pié las firmas de cuatrocientos ochenta y nueve prelados que eran los que se hallaban en Roma, entre los cuales se contaban treinta y cinco españoles que fueron los siguientes:

EMINENTÍSIMOS CARDENALES.

- D. Miguel García Cuesta, arzobispo de Santiago.
- D. Luis de la Lastra y Cuesta, arzobispo de Sevilla.
- El Excmo. Sr. Patriarca de las Indias occidentales, D. Tomás Iglesias y Barcones.

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES ARZOBISPOS.

- D. Manuel García Gil, de Zaragoza.
- D. Bienvenido Monzon y Martin, de Granada.
- D. Juan Ignacio Moreno, de Valladolid, despues cardenal de la S. I. R.
- D. Francisco Fleix y Solans, de Tarragona.

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES OBISPOS.

- D. Pedro Cirilo de Uriz y Labairu, de Pamplona.
- D. José Caixal y Estradé, de Urgel.
- D. Fr. Pablo Benigno Carrion, de Puerto-Rico.

- D. Fr. Fernando Blanco, de Ávila.
- D. Pedro María Cubero y Lopez de Padilla, de Orihuela.
- D. Miguel Payá y Rico, de Cuenca.
- D. José Lopez Crespo, de Santander.
- D. Benito Vilamitjana, de Tortosa.
- D. Calixto Castrillo y Ornedo, de Leon.
- D. Constantino Bonet, de Gerona.
- D. José Luis Montagut, de Oviedo.
- D. Joaquin Hernandez y Herrero, de Segorbe.
- D. Ramon García y Anton, de Tuy.
- D. Juan Lozano, de Palencia.
- D. Pantaleon Monserrat y Navarro, de Barcelona.
- D. José de la Cuesta y Maroto, de Orense.
- D. Fr. Félix María de Arriete y Llano, de Cádiz.
- D. Gregorio Lopez, de Plasencia.
- D. José de los Rios, de Lugo.
- D. Fernando Ramirez Vazquez, de Badajoz.
- D. Jacinto María Martinez, de la Habana.
- D. Pedro María Lagüera Menezo, de Osma.
- D. Mariano Puigllat y Amigó, de Lérida.
- D. Joaquin Lluch, de Canarias.
- D. Fr. Rosendo Salvado, de Puerto Victoria.

*Y los siguientes, tambien españoles.*

- D. Fr. Francisco, de Nueva-Cáceres.
- D. Fr. José Sadve, O. P., arzobispo de San Francisco.
- D. Miguel, obispo de Pittsburgo.

Hé aquí ahora, la respuesta de Su Santidad al mensaje del Episcopado.

«Venerables hermanos: De grande alegría, aunque bien podia esperarse de vuestra fe y adhesión, nos ha servido en todo tiempo la noble concordia con que habeis protestado siempre, á pesar de hallaros separados y distantes los unos de los otros, de profesar y defender lo que Nos enseñamos como verdad, y de condenar lo que Nos condenamos como error esparcido para ruina de la sociedad religiosa y civil. Mas ahora que os hallais reunidos, nuestra alegría es mucho mayor al escuchar de vuestros labios las mismas manifestaciones, y al recibir las mismas protestas de un modo mas amplio y solemne; porque estas vuestras múltiples demostraciones de amor y de homenaje, demuestran, mucho mejor que las palabras, cuáles son vuestras disposiciones y cuál vuestro afecto hácia Nos.

«¿Por qué causa, sino, habeis secundado con tan buen ánimo nuestro deseo, y despreciando toda clase de incomodidades, os habeis apresurado á venir junto á Nos de todas las partes del mundo? Harto notoria os era, en efecto, la solidez de aquella piedra sobre que fue edificada la Iglesia, y harto clara su virtud vivífica; ni tampoco ignorábais cuán esclarecidos testimonios son de ambas cosas la canonización de los héroes cristianos.

«Dos motivos, pues, os han traído á celebrar esta fiesta: el de dar mayor brillo á la sagrada ceremonia, y el de atestiguar en nombre de todos los fieles, no solo con vuestra presencia, sino tambien con vuestras terminantes

protestas, que existe aun la misma fe que hace diez y ocho siglos; que los mismos vínculos nos unen; que la misma virtud brilla en la cátedra de la Verdad. Habeis tenido á bien encomiar nuestra pastoral solicitud y nuestros esfuerzos por difundir la luz de la verdad, por disipar las tinieblas del error, por librar de la perdicion á las almas redimidas con la sangre de CRISTO, y así lo habeis hecho, para que, con las palabras y declaraciones conformes de los propios maestros, el pueblo cristiano se confirme cada vez mas en el obsequio y amor hácia esta Santa Sede, y ella tambien dirija mas fijamente sus miradas.

«Despues de coleccionar limosnas en todas partes, habeis venido á sostener nuestro Principado, con tanta perfidia combatido, para demostrar con este clarísimo hecho, y con las ofrendas recogidas en todo el orbe católico, la necesidad del poder temporal para el libre gobierno de la Iglesia. Tambien habeis tributado merecida alabanza á mi querido pueblo romano y á las pruebas inequívocas y preclaras de su respeto y amor á Nos, con el objeto de animarlo, de vindicarlo de las calumnias que se le han levantado, y lavarle de aquella torpe nota de sacrilega traicion que pretenden echar sobre él cuantos, bajo el pretexto de conseguir la felicidad del pueblo, se esfuerzan en arrojar de su trono al romano Pontífice. Y mientras que procurais acrecentar la union entre las Iglesias con mas estrechos vínculos de reciproca caridad por medio de este lazo, conseguís tambien henchiros de mas abundante espíritu evangélico, junto á las cenizas de los beatísimos Pedro, principe de los Apóstoles, y Pablo, doctor de las gentes, y volver con mas brios para romper las falanges enemigas, para defender los derechos de la Religion, para aumentar el espíritu de caridad en los pueblos que os están confiados.

«Maniféstase este voto mas claramente en el comun deseo del Concilio ecuménico, que todos habeis considerado, no solo utilísimo, sino hasta necesario. En efecto: desenterrando la humana soberbia antiguas audacias, esfuerzase, bajo pretexto de un vano progreso, en construir la ciudad y la torre cuya cúspide llegue al cielo para poder echar abajo al mismo Dios; pero el Señor al cabo parece decidido á impedir esta obra, y á confundir de tal suerte las lenguas de los constructores, que el vecino no pueda entenderse con su vecino. Tal es, en efecto, el espectáculo que presentan las vejaciones de la Iglesia, la condicion lastimosa de la sociedad civil y la perturbacion completa en que vivimos. Á tan gravísimas calamidades solo puede oponerse la divina virtud de la Iglesia, que nunca mejor se manifiesta que al reunirse los Obispos, convocados por el Sumo Pontífice, para tratar bajo su presidencia de las cosas eclesiásticas en el nombre del Señor. Grandemente nos hemos alegrado de que, previniendo nuestros deseos, hayais recomendado esta sagrada reunion al patrocinio de Aquella bajo cuyo pié fue puesta desde el principio de las cosas la cabeza de la serpiente, y que destruye sola toda clase de herejías.

«En satisfaccion del comun deseo, desde ahora anunciamos que el Concilio que está para abrirse se constituirá bajo los auspicios de la Virgen Madre de Dios, limpia de todo pecado, y que será abierto el día en que se conmemora este privilegio á Ella concedido. ¡Quiera Dios y quiera la Virgen Inmaculada que podamos sacar de tan saludable proyecto copiosísimos frutos! Y entre tanto interponga María su poderoso valimiento, á fin de alcanzar para Nos en las presentes circunstancias los auxilios necesarios, y movido Dios

por sus plegarias, derrame sobre Nos y sobre toda su Iglesia los tesoros de su misericordia.

«En cuanto á Nos, con profundo sentimiento de gratitud y amor, con todo corazon pedimos á Dios cuanto pueda contribuir á vuestro bien espiritual, al adelantamiento de los pueblos que os están confiados, á la defensa de la Religion y de la justicia, y á la tranquilidad de la sociedad civil. Y sabiendo Nos que algunos de vosotros, estrechados por las especiales necesidades de los pueblos respectivos, están para separarse pronto de Nos, si por la angustia del tiempo no nos es posible abrazarlos singularmente, desde ahora mismo les deseamos de todo corazon entera felicidad. Á todos tambien, como auspicio de todas las gracias y de copioso auxilio divino, y al mismo tiempo en testimonio especial de nuestra gratitud y benevolencia, les damos de lo íntimo de nuestro corazon, y con verdadero afecto, la santa apostólica bendicion.»